



Continúa en siguiente hoja

Buceando en el drenaje: trabajo extremo

Sumergirse en las aguas negras es un oficio, además de insólito, peligroso; por cinco mil 500 pesos mensuales estos intrépidos hombres ponen en riesgo su salud y hasta su vida

por David Santa Cruz fotos: Sandra Perdomo

“**M**ándame una cuerda”, rugió intempestivamente la bocina del centro de control, una caja naranja desde donde se manejan las comunicaciones y el nivel de oxígeno de los buzos. La desesperación en la voz se convertía en una alerta: “¡Mándame una cuerda, te digo! ¡La que sea, desamarren a la fotógrafa! ¡Mándame la ya!”.

Era imposible saber lo que sucedía en la lumbrera de seis metros de profundidad por la que corrían a gran velocidad las aguas negras del oriente de la Ciudad de México. Abajo, en el drenaje, la visibilidad es igual a cero. Los buzos que ahí trabajan lo hacen a tientas.

Minutos antes Julio César Cu Cámara, el buzo con más antigüedad del equipo, comentó con orgullo: “Por lo general cuando nos visita la prensa sólo hacemos una inmersión para que tomen las fotos y vean el trabajo, pero en su caso vamos a realizar una maniobra real”. Una pieza de maquinaria, de aproximadamente 30 kilos de peso, se había roto y caído al fondo de la lumbrera de la planta de bombeo Aculco, en el Distrito Federal.

La “línea de vida” —tubo de oxígeno, cable de comunicaciones y cuerda que lo sujeta— estaba tensa, tanto como el ambiente de esos dos minutos —desde que se escuchó la voz de alarma— que parecían eternos ante la incertidumbre de lo que estuviese pasando ahí adentro. El asunto no era para tomarse a la ligera: en 1991, Luis Silvia Heredia falleció al ser succionado tras liberar una compuerta. En este caso la planta de bombeo seguía funcionando y la corriente, furiosa, arrastró a Cu Cámara contra la reja que detiene el paso de los desechos sólidos.

Hubo segundos de silencio, impuestos por la oscuridad y por las condiciones mismas de la emergencia. Al pie de la lumbrera media docena de personas comenzó a gritar a los dos asistentes,

Fecha 21.09.2009	Sección Revista	Página 16-19
----------------------------	---------------------------	------------------------

ubicados en la parte seca del caño, que desamarraron a la fotografía para poder usar su equipo, ya que por seguridad le habían puesto un traje de buzo y un arnés.

Por fin, de aquel lago de inmundicias donde desembocan los desechos de la ciudad emergió una de las manos del buzo y una pequeña parte del brillante casco amarillo que, minutos antes, era invisible bajo las aguas negras que lo cubrían. "No hay luz que funcione en estas aguas, es como alumbrar la pared", explicaría antes de ponerse el traje Julio César Cu Cámara.

Tuvo la cuerda en la mano y volvió a sumergirse. Sólo la respiración de Cu se percibía por la bocina del centro de control; como escuchar a un enfermo en fase terminal conectado a un respirador. De la caja naranja se escuchó la orden: "¡Suban la pieza!", y tras ella salió Julio César, quien mantenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo. La maniobra había sido un éxito y se realizó en apenas 10 minutos.

Ya en la superficie, un equipo esperaba a quienes venían de la lumbrera con el "kit de desinfección"; dos cubetas con agua limpia, una cargada de detergente y otra para enjuagarse. El cuerpo del buzo nunca debe tocar las aguas negras gracias al traje seco, sin embargo, por las malas condiciones del equipo o por los riesgos del trabajo, no siempre es así. En este caso, durante la maniobra una varilla perforó el guante de Cu. Fue una gran suerte que el metal no lastimara su mano: una herida en esas aguas, por mínima que fuese, podría costarle una septicemia que fácilmente se llevaría su vida, "lo de menos son los orines y las heces fecales; el problema es que aquí se vierten residuos tóxicos de las empresas y desechos hospitalarios", cuenta Julio César mientras le quitan el traje de fabricación noruega con un costo aproximado de 60 mil pesos.

Ya con el torso descubierto, el hombre nos muestra una gota, casi seca, que le corre de la muñeca hasta el codo. "Si hubiera levantado el brazo el agua me inunda el traje; por eso la prisa", explica, mientras se fuma el segundo cigarro del día —el primero fue antes de ponerse el equipo. Tuvo que hacer las maniobras con una sola mano; de otra manera, y a pesar de llevar un segundo traje, se hubiera perdido un día de trabajo.

DESTAPACAÑOS SUBACUÁTICO

En 1980 el ingeniero Martín Hischel conformó el equipo de buzos de la Dirección General de Construcción y Operación Hidráulica (DGCOH) del entonces Departamento del Distrito Federal (DDF). Hoy quedan de ese equipo original sólo dos integran-

tes, Julio César y Ricardo Vázquez, quienes respectivamente llevan 23 y 20 años de trabajo. Nadie más quiere arriesgar así la vida por un sueldo de cinco mil 500 pesos mensuales.

De acuerdo con el buzo Martín Federico Gómez, de la empresa Technosub Marine Services, el salario promedio de un buzo industrial de "superficie" —que es donde se clasifica a Cu y su equipo— es de entre 800 y mil pesos por día, dependiendo de la actividad que se realice y dónde se labore. De acuerdo con esta cifra, a quienes laboran en el drenaje de la Ciudad de México deberían pagarles entre 24 y 30 mil pesos al

mes por evitar que la capital del país se convierta en una ciénega de aguas negras.

Aparte de los riesgos propios de sumergirse en el drenaje, a este trabajo se le suman los naturales al buceo. Por ejemplo, si al buzo se le agota el oxígeno con la escafandra puesta, así esté fuera del agua, es casi seguro que morirá de asfixia antes que logren quitarle el casco. En ocasiones trabajan con dos o tres grúas, debiendo tener cuidado que el umbilical —como llaman a la línea de vida— no se enrede, o bien que no vaya a caerse alguna de las piezas que rescatan —que rebasan en ocasiones la tonelada de

— y los aplaste.

A pesar de todo esto Cámara le apasiona su

empleo. Su esposa, María de Lourdes, le dice siempre "a ti nada más te hablan de bucear y hasta te pones contento y sales corriendo", algo que Julio César reconoce sin la más mínima culpa. Sin embargo, cuando va de vacaciones a la playa casi nunca se mete a nadar, no se diga a bucear: "No es tan emocionante como mi trabajo", confiesa.

Por lo regular cada buzo cuenta con un equipo de cuatro personas: un operador de grúa con su asistente y dos ayudantes, siendo el más antiguo de ellos José Muñoz, *La Fiera*, como le dicen todos los del equipo con base en la unidad de mantenimiento del campamento Peñón.

"En una ocasión llevábamos más de seis horas trabajando —se supone que cada dos tiene que salir el buzo a descansar— y Cu ya estaba muy cansado, era

Continúa en siguiente hoja

Página 3 de 5

Fecha 21.09.2009	Sección Revista	Página 16-19
---------------------	--------------------	-----------------

muy arriesgado que volviera a bajar, así que me ofrecí a terminar el trabajo”, cuenta orgulloso José Muñoz.

COMO PATO EN EL AGUA

Desde niño Cu Cámara aprendió a nadar. Su pasión por el agua lo llevó a jugar waterpolo y a los 20 años ya era un experimentado profesor de natación y de buceo. “He hecho incluso buceo en cenote y en caverna”, comenta.

Fue en 1983, a los 23 años, cuando el esposo de su hermana le comentó: “Tengo un compadre que trabaja en la dirección de aguas y me dijo que están buscando buzos, por qué no vas, así tendrías un trabajo más seguro”.

A la semana siguiente se presentó con el ingeniero Demetrio Aguilar, en aquel entonces subdirector de mantenimiento de la DGCOH, quien le explicó el trabajo que realizaba el grupo del ingeniero Hischel. Julio César lo pensó unos minutos y aceptó al ver el equipo, “es algo que nunca en la vida hubiera usado si no me dedicara a esto”, asegura Cu.

Su madre le dijo que estaba loco, sin embargo, y al igual que toda su familia –quienes también pensaron que estaba loco– lo apoyaron siempre, aunque nunca dejen de tener el “Jesús en la boca” cada que sale a trabajar, sobre todo cuando se trata de una emergencia. “Mi mujer sabía a qué me dedicaba, de hecho ella era secretaria en el campamento donde estábamos instalados”.

Su bautizo en aguas negras lo tuvo a los dos meses. Se habían caído un par de rejas en una de las plantas de Churubusco, y el ingeniero Hischel –quien le proporcionó el entrenamiento– le preguntó: “¿Crees que puedes hacerlo?”. Cu Cámara aceptó: “Sólo díganme qué forma tiene la pieza”, preguntó, y se sumergió en la mierda.

“Cada inmersión es diferente, y siempre tengo miedo”, asegura, y como evidencia basta escuchar a través de la caja naranja el momento en que se va introduciendo en el drenaje, cuando la respiración aumenta de volumen y de velocidad hasta que toca fondo y se regula.

“Aunque las lumbreras siguen siendo las mismas, las condiciones siempre cambian, a veces hay mucho fango en el fondo y otras veces está despejado o hay basura; en ocasiones subimos para descansar y cuando bajamos de nuevo las cosas ya cambiaron”. En su trabajo diario encuentran desde bolsas de papas fritas hasta autos y esqueletos de caballos: “A veces bajamos por una pieza o a realizar alguna reparación y nos encontramos cadáveres de personas”.

–¿Qué hacen en esos casos?

“Si podemos los amarramos en lo que damos aviso. No podemos sacarlos hasta que llegue el Ministerio Público porque si no nos metemos en problemas. Primero le informamos a nuestro jefe inmediato y ya él da aviso a las autoridades, a veces nos piden que lo saquemos y otras nos dicen que dejemos así el asunto”.

Pero no todos los hallazgos son por accidente; en muchas ocasiones es el propio Ministerio, la Cruz Roja, el Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas (ERUM), los bomberos y otros cuerpos de rescate quienes les solicitan que saquen a alguien, vivo o muerto, lo mismo del drenaje que de algún pozo, como sucedió en marzo pasado, cuando siete ejidatarios de la comunidad del El Refugio, en Hidalgo, quedaron atrapados en un pozo de 15 metros.

Al terminar el trabajo Cu Cámara felicita a su equipo y manda traer refrescos para todos, incluso para los mirones y para la gente de la planta de bombeo Aculco quienes le ayudaron durante las maniobras, algunos de ellos sin más protección que la piel curtida de sus manos. Quince bebidas en total, la mayoría de ellas, incluyendo la del buzo, corresponden al tipo que el presidente venezolano Hugo Chávez llamara como “las aguas negras del imperio”. Era de esperarse, pienso, mientras los veo brindar. **M**



Julio César
Cu Cámara
preparando
el equipo de
inmersión

